

por completo respecto del antiguo duque de Sajonia; pero perseverando en su firme resolución de oponerse á los planes de Lotario por cuantos medios estuvieran á su alcance, se dispuso entonces á presentarse como enemiga de la sucesión de los Welfos, y para combatirla fijó su atención en los Staufen y promovió una nueva guerra civil de sucesión.

Bajo amenazadores augurios avistáronse en Forsa Inocencio II y Lotario, aquel para dirigirse á Roma, donde seguía oponiéndole resistencia el antipapa, y el emperador para regresar á Alemania, pues se sentía muy enfermo y el presentimiento de una muerte próxima le impulsaba á volver á su patria. Su estado no podía mejorar ante la idea de que con su muerte todo cuanto había conquistado en Italia se perdería y caería en ruinas el restaurado esplendor del imperio en la Baja Italia. En noviembre de 1137 pasó precipitadamente el Brenner: gravemente enfermo llegó al valle del Lech, donde tuvo que guardar cama, y la muerte le sorprendió en Breitenwang, aldea de las montañas bávaras. Al entregar, moribundo, las insignias imperiales á su yerno, indicó formalmente á este para sucederle. Al propio tiempo, con la cesión del ducado de Sajonia había aumentado de tal manera el poder de los Welfos, que podía desecharse toda idea de rivalidad, pues la monarquía welfa podía adquirir una posición dominante. Lotario falleció en 4 de diciembre de 1137 en una cabaña de labradores: su cadáver fué conducido á su patria sajona, pues había elegido su tumba en el convento de Lutter, por él fundado, y en el cual fué enterrado con todos los honores debidos á un emperador en los últimos días del año 1137.

Una lámina de plomo que con él fué enterrada, y que se ha conservado en gran parte, contiene algunos breves datos acerca de su reinado y de su muerte, y le ensalza como «fiel en Cristo, sincero, constante, amante de la paz é intrépido guerrero.» Cuando en 1820 se abrió el sepulcro, encontráse á la derecha del cadáver una espada, y á la izquierda un globo imperial de plomo con una cruz de hierro, un plato de plata, un cáliz de plata, y restos de las espuelas y de la túnica carmesí del emperador. Estas reliquias se conservan, en parte, en el museo de Brunswick.

## CAPITULO II

### DESTRUCCION DE LA JERARQUÍA Y RESTAURACION DE LA MONARQUÍA NACIONAL ALEMANA

(1138-1156)

Lotario de Sajonia, que comenzó á reinar como rey eclesiástico, terminó su gobierno como célebre representante de la soberanía imperial. La fuerza de los sucesos y el abuso que del poder había hecho el partido jerárquico le habían obligado á emprender la senda que habían también seguido los salios, de quienes no se diferenció en los fines que se proponía sino tan solo en los medios que empleaba. Su muerte fué, por lo mismo, agradable á los papistas, los cuales, con una falta de consideración proporcionada al disgusto producido por las decepciones sufridas, se apresuraron á aprovecharse del inesperado favor de la suerte para influir de tal manera en el trono alemán, que no fuese de temer una continuación de la política imperial tan brillantemente renovada. Esto les fué sumamente fácil, pues los esfuerzos de Lotario para asegurar la sucesión á su yerno encontraron entre los príncipes laicos del imperio tanta mas resistencia cuanto que la preponderancia de los Welfos, que disponían de Baviera, de Sajonia y de los bienes de la condesa Matilde, prometía dar á su monarquía una posición en extremo temible. El episcopado alemán, dirigido por Bernardo de

Claraval, quería elevar al trono alemán á un príncipe que renovara y cumpliera los deberes que en otro tiempo había contraído Lotario respecto de la Iglesia. Las dos tendencias coincidían en la candidatura de los Staufen, de los cuales el hermano menor, Conrado, se había captado durante la campaña de la Baja Italia generales simpatías y había contraído provechosas alianzas. Lo que el partido de la curia, en otro tiempo, había intentado conseguir aliándose con los defensores de la independencia de los príncipes y con ayuda de Lotario, lo consiguió entonces realmente con auxilio de los mismos Staufen contra los Welfos, designados por Lotario para sucederle. Lo propio que entonces, su conducta fué contraria al derecho y á la costumbre (1).

Vacantes los arzobispados de Maguncia y de Colonia por muerte de Adalberto II y de Bruno, la dirección de la elección recayó en el fanático Adalbero de Tréveris, á cuyo lado se encontraba la autoridad de la curia, representada por el cardenal Dietwein, legado pontificio. Ya la lentitud de la elección, que tuvo por consecuencia un interregno de quince meses, pudo hacer comprender al duque Enrique el Soberbio cuál era el objetivo á que se tendía. Enrique no asistió á la dieta electoral que se celebró en marzo de 1138 en Coblenza, y de la cual permanecieron también alejados sus bávaros y sajones. Únicamente asistieron á ella los suabos y francoes, los cuales, á pesar de no estar allí representada la mitad del imperio y faltando por lo mismo á la costumbre de un modo mas lamentable del que en otro tiempo se había faltado á ella por favorecer á Lotario, eligieron rey de Alemania al staufen Conrado. La ambición pudo mucho en el ánimo de Conrado, pues al recibir la corona de tales manos no solo desmintió todo su pasado sino que se apartó por completo de la política de su familia, política á la cual debía esta su engrandecimiento y su importancia en Alemania, y se puso en una situación servil cuyo peso no conoció entonces en su imprevisión, peso que había de quebrantar en alto grado sus fuerzas, á no ser que llegara un día á sacudir su yugo, como lo había sacudido Lotario. La servidumbre que Conrado se impuso le condenó á faltar á deberes incompatibles con el servicio de la Iglesia y le separó de sus verdaderos compañeros de raza, dejándole poco á poco completamente aislado. A pesar de todo, nadie combatió aquella elección, llevada á cabo por una pequeña minoría del imperio, á lo cual contribuyó mucho el temor general que inspiraba la preponderancia de los altaneros Welfos. El clero fué conquistado de otra manera: cierto que Conrado no había renunciado expresamente á los derechos que le concedía el concordato, y que cuando en abril fué elegido para ocupar el arzobispado de Maguncia el sobrino de Adalberto II, último arzobispo de esta sede de la familia de los condes de Saarbrücken, el rey le confirió las regalías en la forma acostumbrada; pero esto significaba menos que el hecho de haberlas conferido al arzobispo Conrado de Salzburgo,—que en un principio se había declarado partidario de los Welfos y que solo despues de muchas vacilaciones había reconocido al de Staufen,—á pesar de haberse negado, delante de los príncipes del imperio reunidos en Ratisbona, á prestar el juramento de vasallaje.

Enrique el Soberbio no tuvo mas remedio que aceptar los hechos consumados. Así como en un principio se había mantenido alejado de la corte, cuando Conrado se presentó en Baviera y encontró allí obediencia, Enrique se presentó en Ratisbona y se declaró dispuesto á entregar las insignias imperiales, que en su poder se encontraban, y á prestar el ho-

(1) W. Bernhardt: *Conrado III*, Anuarios de la historia alemana, Leipzig, 1883.

menaje, á condición de que el rey le reconociera sus feudos imperiales y sobre todo los dos ducados. Conrado no podía acceder á estas pretensiones desde el momento en que Enrique había representado durante algun tiempo el papel de pretendiente; pero no las rechazó en absoluto. Ignoramos los detalles de las negociaciones que entre ambos mediaron; lo único que sabemos es que durante ellas, el duque hizo entrega de las insignias imperiales. Pronto, sin embargo, comprendió que se le quería arrebatar una gran parte de los feudos conservados por Lotario para concedérselos á Alberto el Oso, que quería apoderarse de Sajonia, siendo además de temer que en la primera ocasión favorable le sería concedido todo el territorio sajón. Esto hacia inevitable un conflicto. Despues de algunas infructuosas negociaciones, que se siguieron en Augsburgo,—donde se presentó Enrique preparado para la lucha y lleno de desconfianza, por cuya razón acampó á cierta distancia de la ciudad,—lanzó el rey, en el verano de 1138, en Wurzburg, la orden de proscripción contra el welfo, desposeyéndole de la Sajonia, que fué entregada al marqués Alberto, de la Marca septentrional, aliado de los premonstratenses en su obra de misión y de colonización. Esta fué la señal de la guerra civil en Sajonia, donde la viuda de Lotario, la activa emperatriz Richenza,—estrechamente unida por su origen con el país y con su nobleza,—organizó la resistencia contra el nuevo duque. Este, á pesar de los esfuerzos de su enemiga, consiguió una serie de importantes ventajas. Como la nobleza sajona se mantuvo, casi unánimemente, fiel á los Welfos, Conrado se vió de nuevo enfrente del antagonismo ante el cual se había estrellado la poderosa monarquía sálica: del resultado de esa guerra sajona dependía el porvenir de su propia monarquía. Envalentonado por los triunfos conseguidos en un principio, creyó Conrado, á fines de 1138, que había llegado el momento oportuno de acabar por completo con el poderío de los Welfos, y en una dieta celebrada en Goslar desposeyó á Enrique el Soberbio del ducado de Baviera, á pesar de que la ausencia de la mayor parte de los príncipes sajones daba á comprender claramente que no debía contar con su obediencia por esta parte. Pronto estalló abiertamente el descontento general; repetidas veces invitados por Conrado, presentáronse los príncipes sajones, inútilmente esperados en Goslar, el día de la Purificación (2 de febrero de 1139) en Quedlinburgo, estableciendo, por desconfianza, sus reales fuera de la ciudad. Cuando se supo que Enrique el Soberbio había acudido precipitadamente para encargarse de dirigir la lucha contra el nuevo duque que se quería imponer á Sajonia, Conrado consideró perdida su causa y con una precipitada fuga procuró evitar el peligro que en aquel país le amenazaba. Bajo la impresión de la humillación que este hecho infirió á la monarquía de los Staufen, verificóse en Sajonia una evolución completa. Mientras Conrado concedía la Baviera,—que el welfo tuvo pronto que abandonar,—á su hermanastro el marqués de Bamberg, Leopoldo de Austria, Alberto el Oso era expulsado de Sajonia por los sajones, que se habían agrupado alrededor de su duque. En el verano de 1139 consiguió el rey juntar en Hersfeld un ejército con el cual pensaba reconquistar la Sajonia: Alberto el Oso, el nuevo duque de Baviera, Sobeslao de Bohemia, y el landgrave Luis de Turingia, le prestaron para ello sus auxilios. Enrique el Soberbio tomó entonces la ofensiva ocupando fuertes posiciones en Krenzburgo, junto al Wera; al presentarse allí Conrado, parecía inminente una batalla decisiva; pero Conrado no se atrevió á librarla. Además los obispos instaban para que se firmara la paz, temerosos quizás de que una victoria del rey pudiera hacer á este demasiado poderoso y conquistarle la independencia res-

pecto de la Iglesia. Adalbero de Tréveris era quien especialmente aconsejaba que se llegara á un arreglo, pues necesitaba los 500 jinetes que al ejército había llevado para vencer la resistencia que se había levantado en Lorena contra la ocupación de la rica fundación de San Maximino de Tréveris que el rey le había concedido. Por tanto, contra el parecer de Alberto el Oso y de Leopoldo de Austria, firmóse un armisticio que debía durar hasta la Pascua de Pentecostés de 1140 y en virtud del cual la Sajonia quedaba en poder de Enrique, y los mismos nobles sajones que se habían mantenido fieles á Alberto el Oso se apresuraron entonces á impetrar la gracia del vencedor.

La derrota de la monarquía era completa, y el hecho de haber sido derrotada sin lucha demostraba lo que el imperio de Conrado podía esperar de la alianza de la curia. El Welfo procedió, pues, en la casi seguridad de conseguir en Baviera lo mismo que había logrado en Sajonia; en cuyo



Bracteate (1) de Conrado III

Inscripción: CUNRATUS + LAMPERTUS (nombre del intendente de la moneda, ó bien de un abad de Helmstad). Junto á la cabeza se ven las letras de la palabra REX. Busto del emperador sin barba, coronado y armado; sosteniendo en la mano derecha una espada y en la izquierda una bandera, colocado sobre una balaustrada y entre dos pequeñas torres.

caso, una vez transcurrido el armisticio convenido respecto de Sajonia, podría formular con mayor energía sus exigencias. Quizás tenía la secreta esperanza de que despues de un comienzo tan desgraciado, la monarquía Staufen caminaría rápidamente hasta obtener el objeto de su ambición. Puesto en una situación igual á la en que se había visto en otro tiempo Oton de Nordheim, pensaba poderse aventurar mas que este y también conseguir mayor resultado. La muerte se interpuso, sin embargo, en su camino, salvando á la monarquía de Conrado de una crisis de la que difícilmente hubiera podido salir bien: Enrique el Soberbio falleció en 20 de octubre de 1139 en Quedlinburgo, despues de una corta enfermedad, y fué enterrado en Lutter, al lado del cadáver de su suegro. Esta repentina muerte no tuvo las consecuencias que se esperaban, pues la nobleza sajona se puso al lado de Richenza y de Gertrudis, jóven viuda del duque, para defender los derechos del hijo de este, Enrique el Leon, que contaba nueve años, y Alberto el Oso, que llegó á Sajonia para tomar posesión del ducado, vióse muy pronto obligado á emprender precipitada fuga. Tampoco el marqués Leopoldo pudo establecerse en Baviera, donde Welfo VI, hermano del difunto, empuñó las armas en favor de su sobrino. El rey Conrado tuvo, por consiguiente, que atender ante todo á asegurar su quebrantada situación en el Sur. Ayudado por sus suabos, al frente de los cuales figuraba su hermano el duque Federico, y por los obispos del Rhin, comenzó la campaña á fines de otoño de 1140, dirigiendo

(1) Moneda de plata muy delgada cuyo relieve en el anverso es vacío en el reverso.